

Latinoamérica

Gestiones unitarias

Oscar Edmundo Palma

El anuncio de una posible junta en junio próximo de los ministros del Exterior de México, Brasil, Venezuela y Argentina, formulado a fines de la semana pasada en ocasión de la visita del canciller venezolano a Brasilia, ha sido acogido con interés e interrogantes por la opinión pública latinoamericana. Se trata de una iniciativa plausible en principio, pues pretende reconstruir aunque sea parte de la desfasada unidad regional, pero su realización será difícil debido a las tremendas contradicciones que separan y oponen a muchos de nuestros países.

Según lo que se sabe hasta ahora, la idea es de Venezuela y Brasil y cuenta con la aprobación de Argentina (en donde incluso el diario *Clarín* habló de una probable reunión de los presidentes de los cuatro países, lo cual fue desmentido en Brasilia). No se conoce la opinión de México, que —por lo visto— no había sido invitado oficialmente al darse las primeras informaciones, pero se supone que Tlatelolco estudiará el proyecto para fijar su posición. En síntesis, se intenta crear un mecanismo de consulta entre dichos Estados (los más grandes e influyentes de la región), susceptible de extenderse después a otras naciones, para tratar de establecer un criterio común sobre la delicada problemática regional e internacional.

Muchos y muy graves son, en efecto, los problemas comunes de América Latina y el Caribe. Los más importantes se dan en el plano de las relaciones con Estados Unidos, que tienden a endurecerse más por parte de Washington, cuyo gobierno busca revivir rasgos de la política del *gran garrote*, mientras las trasnacionales estadounidenses aumentan el saqueo de nuestros países. Como consecuencia de esto, crece la amenaza a la soberanía e independencia de la región, que además ve agudizadas sus di-

ficultades económicas bajo el peso precisamente del sojuzgamiento imperial.

Pero la región tiene sus propios problemas, que en los últimos tiempos han aflorado con una particular fuerza autodestructiva. Los conflictos fronterizos entre Argentina y Chile, Venezuela y Guyana, Colombia y Venezuela y entre Perú y Ecuador son capaces de desestabilizar seriamente al subcontinente. La reciente guerra peruano-ecuatoriana no sólo podría repetirse sino trasladar su dolorosa experiencia a las otras naciones enredadas en querellas limitadas, con resultados seguramente más desastrosos.

La desunión cunde por doquier. Los procesos integracionistas iniciados hace algunos años se han venido a pique o están paralizados, a resultas de aquellas rencillas, de la obra disolvente de las oligarquías y de la acción sabotadora del imperialismo. El Mercado Común Centroamericano ha desaparecido prácticamente. El Pacto Andino — surgido con buenos auspicios— es una débil caricatura. El Sistema Económico Latinoamericano, el experimento de integración más avanzado, se quedó en las palabras. Y hasta la vieja y proestadunidense OEA anda en muletas.

Se impone, pues, desde el ángulo estatal, la necesidad de replantear la unidad regional. Pero como muchos de aquellos proyectos ya no podrán revivirse, se procura un nuevo tipo de unidad, no ya orgánica, sino de convergencia política. Sin embargo, el camino hacia esa meta está lleno de obstáculos e inconvenientes, provenientes principalmente de la marcada diversidad de regímenes políticos. Entre el gobierno democrático de México y el dictatorial de Argentina, por ejemplo, hay una enorme e insuperable distancia que con

toda seguridad no permitirá la afinidad que se pretende.

¿Cómo podría Argentina luchar —según se plantea en las primeras declaraciones de convocatoria a la junta de cancilleres— contra el bloquismo, si las fuerzas armadas de ese país se han comprometido virtualmente con el Pentágono a formar la posible organización militar del Atlántico sur, eminentemente bloquista? ¿Cómo podría conciliarse la conducta de Buenos Aires respecto a El Salvador, donde se ha denunciado que ha habido o hay asesores argentinos al lado del ejército gubernamental, con la posición mexicana, contraria a la intervención extranjera en esa nación y favorable a la autodeterminación del pueblo salvadoreño?

Brasil, por su parte, aunque parece tener una política más independiente frente a Washington y un enfoque más positivo de la problemática centroamericana, no tiene definidas otras concepciones y en algunos casos actúa con criterios puramente castrenses y generalmente reaccionarios. Por lo demás, Brasil no ha abandonado totalmente sus pretensiones hegemónicas en Sudamérica, lo cual se reflejaría en la proyectada convergencia, que —para tener valor y trascendencia— debería ser igualitaria y servir objetivos generales, auténticamente latinoamericanos, de convivencia creadora y empeños progresistas.

Claro que hay puntos de coincidencia, sobre todo en el terreno económico, y en este orden la propuesta junta podría reforzar la voz tercermundista en el próximo Diálogo Norte-Sur. En general, será útil el establecimiento de un sistema de consultas aunque sólo sea para ventilar y clarificar puntos de vista. Pero todo indica que no será factible llegar a la confluencia esencial y que la proyectada reunión deberá limitarse a la creación de una especie de foro y no de un órgano de decisiones colectivas. Mañana, cuando avancen las corrientes patrióticas y democráticas en la región, podrá forjarse la nueva entidad de lucha conjunta por la independencia y el progreso que necesitan nuestros países.